

VI

MEXICO DE NOCHE.

(CONTINUACION).

BAUTISMOS Y COMPADRAZGOS.

EN nuestro primer paseo te ofrecí, querido amigo, darte pormenores sobre todo lo concerniente al acto, mediante el cual adquirimos el ser de gracia y el nombre de cristianos. Mi plática versará, por tanto, sobre los bautismos y compadrazgos.

Las típicas escenas que tienen lugar generalmente por las noches en esta buena ciudad de México, durante la mitad del *Siglo de las luces*, y que, salvo algunos detalles, seguirán presentándose mientras el mundo sea mundo, se refieren al acto indispensable de cristianizar á los recién nacidos; mas como toda obra, según me enseñaron en la época del obscurantismo, al decir de los modernos, debe constar de tres partes: prólogo, desarrollo y epílogo, debo proceder en mi narración conforme á esa práctica añeja.

I

LOS PREPARATIVOS.

Salida de la cuenta una dama (cuenta errada las más veces por las mismas interesadas), entra en Consejo la familia con el fin de elegir entre sus amistades al padrino y la madrina, cuestión no tan sencilla al parecer, por cuanto á que la elección de tales parientes espirituales debe recaer en individuos que, por su buena posición social, puedan dar algún día sombra y abrigo al ahijado, y que por su estrecha amistad no rehusen, caso que acontece con frecuencia, llevar á la pila bautismal al niño que *ha de llegar de París*, según se da á entender á la parte menuda de la familia.

Las carreras de un criado por las calles á

deshoras de la noche, cuando no es el propio marido acompañado, á veces, del sereno, y los fuertes aldabazos que se dan á la puerta de la casa de una *profesora en obstetricia*, son los indicios ciertos de que el drama, tan temido como esperado en un hogar, se ha iniciado ya.

El criado ó, pongamos por caso, el marido, envuelto en su gabán de paño grueso, pañuelo de seda al cuello y sombrero sumido hasta los ojos; la comadrona arrebuja en un mantón de espesa lana, y el sereno abrigado con capote especial de paño de Querétaro; los tres á la luz del farol del guardián público dirigen-se apresuradamente á la casa de la paciente: el primero, para consolar y dar ánimo á la consorte y á sufrir, á la par de ella, como si la maldición del Señor á nuestra primera madre rezara con él; la segunda para ejercer su profesión en su calidad de adjunta á la facultad *médico-quirúrgica* y de profetisa, pues por medio de un alfiler prendido á cierta altura en una vela de cera encendida, asegura que al llegar la flama al expresado alfiler, el tan temido lance tendrá su realización, y el tercero para recibir la propina, volver á su puesto abandonado, lanzar una prolongada pitada y echarse de nuevo á dormir.

Llegado á este mundo el infante entre zahumerios de alhucema, por intervención de S. Vicente Ferrer, cuya efigie puesta de cabeza en una mesa, da testimonio del hecho, procede la comadrona á bañar al recién nacido en agua de romero y á vestirlo, es decir, á ceñirle apretadamente sus mantillas y fajeros como procede una cigarrera, arrollando las hojas del tabaco para dar forma á su labor, no quedándole, por tanto, á la infeliz criatura los brazos libres, sino comprimidos por las apretadas liga-

duras, todo ello con el fin de que no se arañe con sus propias uñitas y para que, con el tiempo, no sea alboratadizo, razón por la cual, se dice con referencia á todo joven inquieto y tentón, que no le amarraron las manos cuando niño.



No es raro entre la gente del pueblo que la misma partera amolde en una jicarilla la cabeza del recién nacido, le aguce con los dedos, impregnados de aceite de almendras dulces sin fuego, la nariz chata, tratando de enmendar las imperfecciones del hombre en su estado embrionario, y coloque en las delicadas manecillas del nene, dijes y amuletos, como ojos de venado, pedacitos de azabache y otras zarandajas, para precaverlo de ciertas calamidades de la vida y librarlo de las brujas. Prepara, además, el primer alimento del niño, consistente en agua azucarada, que se le administra con la extremidad del dedo meñique, ó por medio de un hisopillo de hilaza y, por último, se esfuerza para halagar á la familia, tratando de probar que el matrimonio, cuyo es el nene, se halla exento de todo gatuperio, manifestando que las facciones del niño son *toditas*, trasunto fiel de las del padre, probanza inadmisible por cuanto á que los rasgos fisonómicos de todo angelito que viene á este mundo, por rudimentales y abultadas, á los de nadie se parecen. Tampoco descuida la susodicha señora la preparación de infusiones de algunas yerbas para administrarlas al niño, con el fin de que arroje la baba, evitarle un empacho y facilitarle el régimen de ciertas funciones naturales.

Tan importante es el oficio de la partera,

que el del médico se considera como secundario, y cuando éste ocupa el lugar que le corresponde, todo cambia de aspecto en favor de la madre y del hijo; sin embargo, si aquél es como algunos, parlanchin, hace buena pareja con la comadre, dejando á todos boquiabiertos con sus explicaciones terapéuticas aplicadas al caso, y sus textos en latín.

En tanto que la adjunta á la facultad de Galeno llena sus funciones con el recién nacido, personas de la familia preguntan si aquel es niño ó niña, y hacen sus observaciones y pronósticos. Una que la echa de experimentada en achaques de la maternidad, dice que aquel muchacho, tan coloradote, ha de ser más blanco que el armiño y, si se quiere, rubio y de ojos azules, y otra que igualmente presume de sabihonda manifiesta que el infante, no obstante la depresión de su mollera, ha de ser muy talentoso como el Padre Abolafia de la Profesa. Los niños de la casa, imbuidos como están en las falsas ideas que se les han inculcado, preguntan indiscretamente dónde está la cajita en que vino el nene de París, no faltando alguna niña que ruegue á su papá que le encargue otro niño llorón como el de su mamá.

Llega el momento en que la familia tiene su segundo conciliábulo, con el fin de imponer al niño el nombre con que ha de ser conocido en el mundo. Acúdense, desde luego, al calendario que pocas veces ó ninguna deja á aquélla satisfecha, pues pongo por caso, si el librito aquel marca San Pancracio el día del nacimiento, todos á una voz exclaman: ¡ay que feo!

—Yo, prorrumpe una anciana por ser devota de la Santa abogada de imposibles, le llamaría Rito.

—No tía, contesta una joven, ese nombre, sobre ser tan feo, como el de Pancracio, es impropio para un hombre.

—Yo, exclama otra joven, acordándose de su novio, le llamaría Tito.

—Todos esos nombres son prosaicos interrumpen un petimetre recién llegado de París de Francia como él dice, á donde lo enviaron para mal educarse; por mí se llamaría René, Aristides ó Godofredo.

El niño terrible de la casa interviene también en el asunto diciéndole á su hermana mayor:

—¿Por qué no le llaman Chacho?

—Que tonto eres, si es nombre de perro.

—¿Pues por qué á mí me llaman Chucho y á mi hermanita, como á la gata, Miche?

—Vete de aquí muchacho, qué entiendes tú de esto, ya te ha dicho mi mamá que los asuntos de las personas grandes, no rezan contigo.

Y por el estilo, no hay persona, grande ni chica, que no exponga su parecer. La madre impone el nombre del padre, éste el de la madre, aun cuando el niño resulte Ursulo, los padrinos también los suyos y hasta la comadre propone que se llame Vicente Efe.

Ciertas gentes preocupadas no admiten por primer nombre otro que no sea el del santo que corresponde al día del nacimiento, seguras, como están, de que el niño, en la carrera de la vida, se libertará de una muerte repentina.

Muy común es que al discutido nombre se anteponga otro de reglamento, de José para los hombres y de María para las mujeres, y todavía queda, á merced del cariño, la modificación de los nombres así por ejemplo: los llamados Josés, Franciscos, Ignacios, Guillemos, Eustaquios ó Eduardos, se les dice Pepes, Panchos, Nachos, Memos, Quicos y Lalos, y á las llamadas Rosarios, Isabeles, Dolores, Jesuses y Teresas, cámbiaseles sus nombres por Charos, Chabelas, Lolas, Chuchas y Teres.

Las primeras atenciones de la que en tales momentos, desempeña el interinato de ama de la casa son: mandar á una de las criadas por dos jaletinas de *patitas* al Café del Cazador, con el fin de reparar con tal alimento las fuerzas de la paciente, desfallecida por el reciente trance, ordenar á la cocinera que compre en la plaza del Volador un manojo de gallinas, para el condimento del substancioso caldo, con el que ha de alimentarse aquella en los subsecuentes días de la cuarentena, y enviar con el criado, generalmente indio bozal, el recado de ordenanza á todas las amistades de la familia.

He aquí el corto diálogo entablado entre el criado y la persona que recibe el mensaje:

—Buenos días, niña.

—Buenos días, Roque.

—Que dice la niña Pancha, que como están sus mercedes, que les besan las manos y que ya tienen un criadito más á quien mandar.

—¡Como! pues que ya.....

—Pos, ya, si su mercé es servida.

—Será muy mono el niño ¿no es verdad?

—Pos, quien sabe..... pué que sí.

—Dígale usted que nos alegramos mucho y que por allá iremos para darles el parabién.

—Adios, Niña.

—Adios, Roque.

Señálase el día para el bautismo y se procede á formar la lista de los nombres ó llamemos letanía, que debe llevarse al Señor Cura para el acto solemne, al que tú y yo, caro amigo vamos á asistir.

II

EL BAUTISMO.

A eso de las siete de la noche ó p. m. como se dirá en lo porvenir, detiéndose frente al *Cuadrante* de la parroquia un carruaje que, según la calidad de las personas que en él llegan, es un simón ó un elegante landó. Las diferencias esenciales entre uno y otro consisten: en que del primero se apea de la escuálida mula de mano el cochero y abre la portezuela, por la que bajan á saltos las personas, mediante el estribo rígido de hierro, y del segundo el lacayo, quien además de desempeñar el mismo oficio de abrir la portezuela, desdobra con gran estrépito la escalerilla de goznes, en tanto que el cochero, de librea, permanece quieto en el pescante, cuidando de sus frisiones. Como brotada de la tierra aparece la turba de muchachos, que apenas dejan el paso libre á las personas que han bajado del carruaje y son generalmente, el padre de la criatura, el padrino, la madrina y la partera, que á los tres llama ya compadres, la cual lleva en su regazo al embrión del ser humano, envuelto en largas mantillas, blancas como el ampo de la nieve, y sobrecargadas de listones de seda, randas y encajes, así como la falla que cubre la diminuta cabeza del pimpoyo. Mientras los pilluelos esperan fuera del *Cuadrante* la terminación de la ceremonia, para ejercer sus diabluras, las sobredichas personas se instalan pacientemente en la oficina de la parroquia, en espera del señor Cura ó del Vicario y entretanto, el notario asienta la partida de bautismo, según la filiación y generales que del ahijado da el padrino.

Quisiera omitir, mi buen amigo, los detalles de la ceremonia del bautismo, pero el cosquilleo que siento por narrarlos, no me permite llevar á cabo tal propósito, con tanta más razón cuanto que considero que las impresiones que se reciben en ese acto no han sido, tal vez, experimentadas por tí. Mueven tu ánimo los apuros del padrino para sostener ante la pila bautismal, al rorro aquel que por las forzadas y variadas posiciones á que se le sujeta, según las exigencias de la ceremonia, conserva ileso su cuerpecillo por milagro, manejado por tan inexpertas manos; los chillidos del mocoso al sentir en su velluda cabeza la impresión del agua fría y los gestos que hace el angelito al saborear la sal que en sus labios pone el sacerdote; las escudriñadoras miradas del sacristán y monaguillos para descubrir por la fachada del padrino lo que tienen que esperar de su liberalidad, y, por último, la actitud distraída del mismo padrino, preocupado con la idea de la conveniente distribución de los *volos* entre tantas gentes, de diferentes clases y condiciones, y con la de los obsequios á la comadre y al ahijado. A causa de las traídas y llevadas, y del maltratamiento que tiene que sufrir el de las mantillas, suele acontecerle, con daño de los padrinos, lo que á *Sanchica* cuando recibía cartas de su padre, el Gobernador de la Insula Barataria, que se iba en agnas.

La palabra *voló* aplicada á la propina dada con motivo de la ceremonia, proviene de la respuesta que da el ayudante á esta pregunta del sacerdote:—*vis baptizare, —voló*.

Fuera ya del templo la comitiva, se ve asaltada por la turba de pilluelos que atruenan el aire con sus desaforados gritos de *padrino, el voló*, mientras el padre y los padrinos se estrechan para formar en torno de la comadre un parapeto que la defiende de la terrible acometida de los muchachos, á los que procura apartar el padrino arrojando lejos puñados de mediecillos de plata, sobre los que se arrojan aquellos como sobre los granos de maíz las aves de corral. El cochero, que como los aurigas de todos los tiempos es sobradamente práctico en cuantos actos de la vida pone en juego la sociedad, se halla prevenido, con la portezuela de su carruaje abierta, al pie del estribo y sombrero en mano. Libres del contacto inmediato de los pilluelos, las personas de la comi-

tiva entran en el coche, el cual echa á rodar con cuanta velocidad pueden transmitirle las escuálidas mulas. Los muchachos persiguen el coche, á carrera abierta, gritando sin cesar: *padrino, bolsa de cuero, medio pa dos, y padrino pelón*, y otras cosas por el estilo. Y á medida que observan en menguante la liberalidad del padrino, escaseando por tanto los *tlacos* que se les arrojan, van desertando sucesivamente en cada esquina.

No paran en esto los apuros del padrino y la madrina, pues en la casa del ahijado les esperan otros lances también comprometidos. Desde que se apean del carruaje empiezan á distribuir su caudal. Dos ó tres pesos de propina al cochero, único caso en que éste deja de ser el tenaz disputador de la paga; medios y reales flamantes del nuevo cuño á todos los criados de abajo á arriba, á los niños de la casa y á los demás chicuelos que se aparecen como por encantamiento, y escuditos de oro á las personas de respeto y señoritas. Preséntanse los escuditos, cada cual, en una flor, sostenido por alambres y armado en brichos y espiguillas de metal blanco. Además, los padrinos tienen que reservar parte de tales donativos para sus amistades de fuera de la casa, para la profesora de obstetricia, á la que por rigurosa costumbre se le da una onza de oro, y para los gorriones que nunca faltan en las calles y que haciéndose los aparecidos exclaman: *padrino, el voló*.

A la distribución general de los *volos* precede el acto de la devolución del niño á la madre, la que espera en su cama, ya de falla y vestida con un peinador blanco como la nieve, adornado con embutidos, y abrigada con una lujosa colcha de seda, de la misma procedencia que los mantones de Manila. El padrino, al poner al niño sobre la cama, dirige á la comadre, en corto discurso, las frases que su fecundia le permiten, ponderando las virtudes de los padres y las gracias de su ahijado que acababa de ser purificado con las santas aguas del bautismo, á todo lo que aquella contesta: ¡Compadre, que tenga usted buena mano!

El padrino deposita bajo el almohadón, el obsequio destinado á la comadre, el cual consiste en una joya, cuando no deja para más tarde, ó para el acto de la *sacamisa*, hacer el regalo.

III

EL REFRESCO.

Noche feliz es aquella en que la madre abriga en su regazo al niño, iniciado ya en la religión de Cristo, y en que todos los de la familia se entregan, por tal motivo, á las expansiones de alborozo. Los criados van y vienen dando cumplimiento á sus respectivas obligaciones y todos, deudos y convidados, se dirigen al comedor, donde la plática animada confunde su murmullo con el lejano ruido que produce el movimiento rotatorio de los cubos de los neveros que desempeñan su oficio en la pieza inmediata.

Sobre el blanco alemanisco que cubre la mesa, hállanse, simétricamente colocados, platonos que contienen, apilados, bizcochillos de varias clases, como soletas, rodeos, puchas y polvorones, así como rebanadas de queso fresco y de carnes frías, adornado todo esto con banderitas de papel picado, de variados colores. A la luz de las velas de esperma, sostenidas en candelabros de bronce, brillan los cubiertos de plata y las copas de cristal y se avivan los colores de los claveles y de las rosas de castilla que, en vistosos ramos, sostienen los hermosos floreros de porcelana. No escasean buenos vinos para los hombres, licores finos para las damas y golosinas para los niños, como cremas de varias clases, natillas y confituras de las afamadas dulcerías francesas como "El Paraíso Terrestre" y "Devers." En clases de refrescos, sírvense sangrías, helados diversos y finos mantecados y particularmente los llamados *canutos* que, como otras cosas buenas, desaparecerán de nuestros hábitos.

Como la propensión á pronunciar brindis en los convites ha sido tan general en todos los tiempos, no faltan en fiestas como la que se describe, brindadores que al grito de ¡bomba por Fulano! lanzado por uno de los asistentes

y al repiqueteo de las copas de cristal por medio de los cuchillos y tenedores, se pongan en pie para felicitar á alguien, por medio de su discurso en prosa ó verso, que han estado discurrendo durante la comida; brindadores que desde que toman la copa en su mano hasta que pronuncian la última palabra hacen reír por su actitud y por la incoherencia de las ideas y disparates obligados por la tiranía de los consonantes, mas como se tiene presente que no todo hijo de vecino viene á este mundo con sal en la mollera, todos procuran tener oídos de mercader.

Como es natural, los brindis obligados, en la celebración del nacimiento de un niño, van dirigidas á los padres de la criatura que dan el ambigü, al infante que es el santo de la fiesta y á los padrinos que reparten medicillos de oro en flores de trapo. Los novios como es de costumbre, brindan por señas, siendo los tales brindis, aunque mudos, los más expresivos y elocuentes.

El verdadero epílogo del drama queda para después, en que acrecen las incomodidades del padrino á medida que pasan los años y son mayores las exigencias de los compadres y del ahijado, mas no por esto creas, carísimo amigo, que te aconsejo que seas egoísta y mal cristiano, pues lo único que de tí quiero es que seas precavido, y que para aceptar el cargo inquieras previamente, con astucia, la intención con que se te haga la demanda, si es con un buen propósito ó por vil interés. Si tienes vocación para semejantes parentescos, procura encompadrar con un indio, porque éste sabe ser agradecido, y ten por cierto que no te faltarán, de tiempo en tiempo en tu casa, flores, legumbres y gallinas bien cebadas.

No dejarás, mi buen amigo, de recordar cuanto te he referido, siempre que recibas en tu hogar este recado: *Que cómo está su mercé, que le besan las manos y que ya tiene un criadito más á quien mandar.*



VII

TERTULIAS Y JUEGOS DE SALON.

PLENO conocimiento tuve, desde niño, de las excelencias de aquel diablillo que, por su precipitado lanzamiento del cielo y caída de golpe en la tierra, quedó tan estropeado, aunque sin detrimento de su ingenio y travesura. Decidir, alegre y bullicioso trajo al mundo, según las referencias que de él hizo el famoso narrador Don Luis Velez de Guevara, la zarabanda y los enredos, circunstancias por las cuales he tenido al tal diablillo por el numen de los trasnochadores y parranderos. Malo como los otros diablos que sobre él cayeron y tan maltrecho lo dejaron, cuando por sus malos procederes fueron proscritos del cielo, suele tener otras cualidades, no malejas, como las de ser muy diligente y desinteresado, tanto que bien se puede tener tratos con él sin compromiso alguno para los intereses del alma. Por tales requisitos y por la facultad que tiene para recordar las pretéritas escenas humanas y prever las futuras, echeme á investigar su paradero para demandarle su ayuda, mediante la cual, dar pudiera yo á mis cuadros de costumbres vigor y colorido; mas sólo llegué á saber, que después de vagar aquél por el mundo, haciendo de las suyas, túvole á su servicio el último Nigromante que hubo en nuestra tierra, quien advertido, á tiempo, de que él solo se bastaba para sus fines en este mundo, y de que los hombres, respecto de sus diabluras, estaban más adelantados que el mismo diablo, tuvo á bien encerrar á éste, por retrógrado, en una damajuana de barro recocido y no en redoma de vidrio, como lo hizo el astrólogo de marras, en lo que obró muy cuerda y prudentemente, que si es fácil dar libertad al diablo rompiendo un frágil trasto, de su encierro en un pecho empedernido, nadie lo saca, ni el mismo Don Leandro Pérez Zambullo, si aún viviera.

Por tanto, no pudiendo para mis propósitos,

exclaustrar al diablillo aquel, hube de recurrir, con gran ventaja, á MNEMOSINA, hija del cielo, la que si bien se hace de rogar, al fin cede.

* * *

Mediante la aquiescencia de esa diosa omnipotente, á conducirte voy, mi leal amigo, al interior del hogar, donde disfrutarás de distracciones, tal vez más halagüeñas de las que has gozado, en tus nocturnos paseos por la ciudad. Vas á concurrir á una de esas tertulias que sirven de solaz y entretenimiento á los jóvenes, durante las noches de los miércoles y sábados en que los teatros cierran sus puertas, por ser aquéllos días de correo. La casa en que voy á conducirte es de las principales de la ciudad y se halla situada en una calle céntrica. La familia que la habita se distingue por su trato fino y esmerada educación, de abolengo transmitida, siendo tan afables el Señor y la Señora, como apuestas y elegantes sus tres hijas, de blondas cabelleras, finísimos rostros y cuerpos enhiestos como las palmeras. A cuadro tan seductor debe agregarse la presencia de dos jóvenes, hermanos de aquéllas, quienes tal vez, por no existir otros centros de reunión que más tarde impondrán los adelantos de la civilización, limitan sus gustos á vestir bien, montar á caballo y jugar un partido de carambola en el Café del Progreso.

Hecha tu presentación en la casa, quedas desde luego admitido en ella, como un buen amigo, pues nadie abriga el temor de que los tertulianos introduzcan en la reunión á personas que, por sus antecedentes, no sean dignos de ella.

Otras familias acuden á la tertulia con su contingente de apuestos galanes y hermosos jóvenes en las que impera el distinguido tipo mexicano, cuyos principales rasgos son: faz